

3ºD.TIEMPO ORDINARIO. EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO 4,12-23.

Al enterarse Jesús de que habían arrestado a Juan se retiró a Galilea. Dejando Nazaret se estableció en Cafarnaún, junto al lago, en el territorio de Zabulón y Neftalí. Así se cumplió lo que había dicho el Profeta Isaías:

«País de Zabulón y país de Neftalí, camino del mar, al otro lado del Jordán, Galilea de los gentiles.

El pueblo que habitaba en tinieblas vio una luz grande; a los que habitaban en tierra y sombras de muerte, una luz les brilló.»

Entonces comenzó Jesús a predicar diciendo:

-Convertíos, porque está cerca el Reino de los cielos.

[Paseando junto al lago de Galilea vio a dos hermanos, a Simón, al que llaman Pedro, y a Andrés, que estaban echando el copo en el lago, pues eran pescadores. Les dijo: -Venid y seguidme y os haré pescadores de hombres. Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron. Y pasando adelante vio a otros dos hermanos, a Santiago, hijo de Zebedeo, y a Juan, que estaban en la barca repasando las redes con Zebedeo, su padre. Jesús los llamó también.

Inmediatamente dejaron la barca y a su padre y lo siguieron.

Recorrió toda Galilea enseñando en las sinagogas y proclamando el Evangelio del Reino, curando las enfermedades y dolencias del pueblo.1

VER, EXPERIMENTAR, VIVIR

Mateo deja claro que Jesús comienza su actividad en la despreciada Galilea, la Galilea de los paganos, lejos, por tanto, de Judea, de Jerusalén, del templo, de las autoridades religiosas, desligando así su actividad de toda posible conexión con las instituciones. Insinúa también que la predicación de Jesús es continuación de la de Juan e insertada en el Antiguo Testamento, para que se cumpliera la Escritura.

Pero quizás, lo más importante del texto de hoy sea el significado del **«Reino de los cielos»**, con otras palabras, el **«Reino de Dios»** que predicó Jesús. El **«Reino de Dios»** constituye el centro del mensaje de Jesús, la utopía que llenaba su corazón. Para Jesús, lo contrario del Reino de Dios no era el reino de Herodes o el del imperio romano, sino **«el imperio del egoísmo»**. El Reino se identifica con **«Dios»**, con **«el imperio del amor»**, con **«nuestro verdadero ser»**, algo que tenemos que **«buscar hasta encontrar»**.

Desde otra perspectiva, podríamos decir que el Reino de Dios es algo así como el proyecto de una **«nueva humanidad»**, centrada en la vivencia de una **«fraternidad»**, que surge como consecuencia de **«acoger confiadamente a Dios como Padre»**. Cabría hablar del **«Reino del Espíritu»**, en contraposición al **«reino del ego»**.

El Reinado de Dios es, pues, aquella realidad humana que se desarrolla en un ambiente espiritual, en el que **«el ámbito de lo divino está presente en lo humano»** y constituye su atmósfera y su fundamento propio. Un ambiente en el que son posibles las **«relaciones verdaderamente humanas»** con Dios, conmigo mismo, con los demás y con las cosas.

Llama la atención que Mateo ponga en boca de Jesús, al iniciar su predicación, exactamente la misma frase que había puesto en boca de Juan Bautista: **«Convertíos, porque está cerca el Reino de los Cielos»**. Y llama la atención porque la predicación de Juan y la de Jesús no son idénticas. Juan entiende esta frase desde la perspectiva del Antiguo Testamento, poniendo el énfasis **«en el arrepentimiento y en el bautismo»**, mientras que Jesús lo que acentúa es **«la presencia liberadora de Dios en las personas»**.

Lo verdaderamente importante que dijo Juan, es que será Jesús el que **«bautizará con Espíritu Santo»**. Y es que siempre que la persona **«se deja mover por el Espíritu»** y actúa desde él, está haciendo presente lo divino, está haciendo presente el Reino de Dios en el mundo.

A partir de aquí podemos entender mejor «la llamada de Jesús a la conversión», una llamada a despertar, a caer en la cuenta de «mi verdad más profunda». Convertirse implica «crecer en la desapropiación de mi yo», dejar de vivir girando en torno a mi yo como si se tratara de mi identidad verdadera y empezar a mirar la realidad, a mí mismo, a los otros, al mundo, desde lo que soy, desde el amor.

Convertirse no es otra cosa que tomar «la decisión de vivir» tomando distancia de mi yo. Y eso, porque he comprendido que identificarme con mi yo es un engaño que, como diría el propio Jesús, me hace «perder la vida». Convertirse implica, pues, «rectificar la dirección de mi vida»; pero para que eso ocurra me he tenido que dar cuenta de que la meta está en otra parte, en otra dirección distinta a la que llevo. Muchas veces no nos es posible descubrir que estamos en la senda equivocada, hasta que no la hemos recorrido. Por eso el «rectificar es una de las cualidades más humanas y nobles».

La dinámica del Reino se despliega de dentro a fuera «Cambiar yo para cambiar el mundo». El ejemplo es Jesús. Él, viviendo desde el Espíritu, construyó el Reino de Dios. Recorrió toda Galilea enseñando en las sinagogas, proclamando el Evangelio del Reino y «curando las dolencias de la gente».

El Reino se manifiesta «en el que cura», no en el curado. Un cristianismo que no me empuja a darme a los demás, nada tiene que ver con Jesús.



Cada vez que ayudamos a otro a salir de cualquier clase de opresión, «curamos y hacemos presente a Dios», independientemente de lo que el otro sea o deje de ser.

El reinado de Dios, que Jesús predica y vive, significa la «total fidelidad y entrega de Dios a las personas», algo que

las personas debemos «descubrir y vivir». Dios se vuelca sobre la persona porque responde a su mismo ser que es «amor» y por esto el Evangelio es «Buena Noticia». Es ridículo creer que Dios nos ama por ser buenos.

De igual manera, para ser fiel a Dios tengo que «descubrir lo que Dios es en mí». No hay otra alternativa. Las personas en cuanto ponemos el ojo fuera de Dios fallamos estrepitosamente a nuestro verdadero ser, a nuestra razón para vivir. Solamente si soy fiel a mí mismo puedo ser fiel a Dios y sólo si soy fiel a Dios puedo ser fiel a mí mismo.

El Reino de Dios no podemos identificarlo con ninguna clase de organización social o religiosa. Más concretamente, no debemos caer en la tentación de identificarlo con la Iglesia. «Dios es Espíritu y no es posible detectarlo con los sentidos», pero su reinado «tiene siempre manifestaciones externas» en las relaciones entre los seres humanos que hemos de ser capaces de «reconocer y aceptar». ¡Que así sea!